



---

## Hagamos propósito, no cometer pecado, «por chico que sea»

---

[  Audio [SoundCloud](#) ]

[  Audio [G Drive](#) ]

Cuenta Chesterton, anglicano converso, periodista, novelista: «Cuando la gente me pregunta ¿Por qué ha Ingresado usted en la Iglesia de Roma?, la primera respuesta es: "Para desembarazarme de mis pecados". Pues no existe ningún otro sistema religioso que haga realmente desaparecer los pecados de las personas... El sacramento de la penitencia concede vida nueva y reconcilia al hombre con todo cuanto vive, pero no lo hace como suelen hacerlo los optimistas, los hedonistas y los predicadores paganos de la felicidad. El don se concede mediante un precio y está condicionado por una confesión»<sup>1</sup>

Hay que empeñarse, hay que querer salir del pecado. Tenemos que querer llevar a la práctica lo que decimos a Jesucristo en el acto de contrición: «Ayudado de vuestra divina gracia, propongo firmemente nunca más pecar, confesarme y cumplir la penitencia que me fuere impuesta». No pecar, porque si queremos ganarnos la amistad de alguien al que anteriormente le hemos robado algo, y él lo sabe, lo primero que tendremos que hacer, y de prisa, será devolver lo robado. El pecado tiene arreglo, cuando así lo quiere el pecador. Porque de no quererlo, es muy difícil salir de ese estado.

Cuenta Santa Faustina Kowalska, que el Señor le dijo: «Proclama que la misericordia es el atributo más grande de Dios. Todas las obras de Mis manos están coronadas por la misericordia. Antes de venir como juez justo, abro de par en par la puerta de Mi misericordia. Quién no quiere pasar por la puerta de Mi misericordia, tiene que pasar por la puerta de Mi justicia»<sup>2</sup>. Y Santa Teresa nos habla de dejarse resucitar de la muerte del pecador:

"Oh cristianos verdaderos!, ayudad a llorar a vuestro Dios, que no es por solo Lázaro aquellas piadosas lágrimas, sino por los que no habían de querer resucitar, aunque Su Majestad los diese voces. ¡Oh bien mío, qué presentes teníais las culpas que he cometido contra Vos! Sean ya acabadas, Señor, sean acabadas, y las de todos. Resucitad a estos muertos, sean vuestras voces, Señor, tan poderosas que, aunque no os pidan la vida, se la deis para que después, Dios mío, salgan de la profundidad de sus deleites» (Exclamaciones del alma a Dios 10,2).

Dice el Profeta: «Son vuestras culpas las que crean separación entre vosotros y vuestro Dios» (Is 59,2). No queramos por nada del mundo esta separación por nuestras culpas, por nuestros pecados, tenemos que romper con toda posibilidad de poder volver a ofenderle. Hagamos la comparación con las ofensas hechas a nuestros padres, por pequeñas que sean, nos remuerde, nos pesa, y ahora,

---

<sup>1</sup> CHESTERTON, Autobiografía. Ed. Espasa Calpe, Buenos Aires, 1939, p. 298-299.

<sup>2</sup> Diario de Santa María Faustina Kowalska. Ed. Marian Press. 2005, p. 421.



---

habríamos hecho lo posible por haberlo evitado. Lo hagamos con Nuestro Señor, lo evitemos todo, por chico que sea el pecado, no le queramos ofender en nada. Esperemos infinito en su misericordia, como experimentó la Santa.

«La misericordia de Dios que nunca falta a los que en él esperan» (6Moradas 1,13).

†

***Solo Dios basta, ... ¡Ave María y adelante!***